

sus negras alas sobre el hermoso cielo de México, no ha sido sino porque la fé que nos legaron nuestros padres se habia plegado sobre su asta, como el soldado que repliega su bandera para retirarse del campo de sus gloriosos combates, abandonándolo á la accion de su enemigo: y si la luz de la fé apareció eclipsada en parte, una de las poderosas causas para ello, tal vez la principal y quien sabe si la única, fué el veneno que el extravío de las costumbres inoculó en el corazon de la sociedad; y esta relacion general de las costumbres, tambien ha de reconocer como una de sus causas principales, esos huecos que en las filas de la milicia sacerdotal, dejaban algunos de sus soldados, que no teniendo el espíritu apostólico esencial de su institucion, aquel espíritu de gracia y oracion que siempre ha de haber en los habitantes de Jerusalem, dejaba de hacerlos la sal de la tierra; y debilitados esos puntos para resistir el terrible ariete del enemigo de la humanidad, que siempre está en vela para redoblar sus ataques, hallaba donde abrir una brecha en el muro que debe ser el baluarte de las costumbres y de la fé de la sociedad.

Y si esta es una de las causas de los males que lamentamos, indudable es que el remedio está indicado naturalmente, en volver á esa clase venerable de la milicia sagrada, todo su vigor, en aquel espíritu apostólico en aquel espíritu de santidad y de perfeccion, que es el precepto á que está sujeta su institucion: y siendo entonces todos los ministros del altar, no solo la luz del mundo como maestros únicos en la fé, sino la sal de la tierra como los reguladores de las costumbres, la sociedad volverá á entrar en su cauce natural y el espíritu de la revolucion indudablemente quedará vencido ante el árbol sagrado de la Cruz, que es el trono del poder legítimo para los que mandan y de la verdadera libertad para los

que obedecen. Fuera de ese árbol bendito, no hay sino frutos de muerte: la tiranía en los que mandan, la insurreccion en los que obedecen: el error para la inteligencia, la corrupcion para el corazon; y el caos espantoso donde en confuso desórden vagan todas las clases de la sociedad.

Para dejar terminada la materia de este capítulo, daré lugar á un anacronismo, que á la vez de contener tambien una observacion filosófica en nuestra historia, es al mismo tiempo una confirmacion de lo que se deja expuesto, porque es una razon que en sentido contrario prueba el mismo juicio que dejo sentado.

Despues de sentir los terribles estragos que la revolucion ha hecho en nuestra sociedad, el episcopado mexicano, cuya institucion no es obra del hombre, sino que es una institucion divina, y como tal, asistida directamente por la luz del Espíritu vivificador de las sociedades, inmediatamente ha puesto la vista en la llaga de la sociedad; y no poniendo su esperanza en el hombre, ha buscado el remedio del mal, en la única fuente donde se encuentra: como no podia dejar de ver, que ninguna miseria humana se cura sino con un bálsamo divino, y que los únicos y exclusivos dispensadores de la gracia celestial, son los ministros del altar que puestos entre la malicia del hombre y la justicia de Dios tienen en su mano la Víctima Infinita que es la reconciliacion del cielo con la tierra, de la criatura con el Creador, se ha ido derechamente á la curacion del mal, buscando el remedio en que esa falange sagrada del sacerdocio católico, forme una línea no interrumpida por huecos, una muralla cerrada, coronada con la Cruz, de donde no se vuelva mal por mal, ni se devuelva la muerte por la muerte; sino que embotándose en esa muralla indestructible los tiros de los enemigos, á los tiros de la incredulidad se responda con los resplandores de la

fé; á los rabiños gritos de la desesperacion, con las dulzuras celestiales de la esperanza; y al fuego impuro de la concupiscencia y de todas las pasiones, con el fuego purísimo y ardiente de la caridad evangélica.

Para esto se ha buscado la reforma del clero, no en esa mentida reforma que no tiene mas objeto que hacinar ruinas para establecer el efímero trono de la tiranía sobre los sangrientos despojos de la muerte; sino en aquella escuela donde el Señor derrama sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalem, el espíritu de gracia y oracion, que siendo el mismo Espíritu Santo que vivifica á todos los seres, hace de los ministros del altar, los perfectos imitadores de su Maestro Divino, para que sean la luz del mundo y la sal de la tierra: y en pocos años que el episcopado mexicano trabaja por esta reforma, la sociedad no presenta ya el repugnante espectáculo de un esqueleto corrompido, sino de un enfermo que vuelve á la vida y que recobra todo el vigor de sus fuerzas.

Este esfuerzo del episcopado mexicano, es digno de elogio; y no puede ménos que hacer nacer una dulce y consoladora esperanza, el empeño que hoy generalmente se tiene en plantear los establecimientos en que se ha de formar el clero, bajo las bases de la humildad y la mansedumbre, de la oracion y el recogimiento, y del celo apostólico y la caridad en toda su extensa comprension y en sus maravillosas trasformaciones.

Para esto ha contribuido muy eficazmente el Sr. presbítero D. Agustín de J. Torres, hombre que está llamado por la providencia á desempeñar un papel muy interesante en la regeneracion de una sociedad bastante carcomida por la gangrena de su corrupcion: este modesto sacerdote en quien resplandece la ilustracion del hombre sabio, la santidad del justo y el celo del apóstol, se halla en contacto con la mayor parte del episcopado me-

xicano y es un cooperador eficazísimo, que contribuye con los grandes elementos que el Señor se ha dignado poner en su mano, para llevar á buen término la formacion del clero católico, con todo el esplendor de los tiempos apostólicos: de las diócesis mas distantes se piden sus consejos y se utilizan sus elementos; y no será muy tarde el dia en que se vea renovado en la extensa prolongacion de nuestro suelo, ese fuego de caridad apostólica, que encerrada en las catacumbas de los mártires purificó las llagas de una sociedad idólatra; y que saliendo de allí en glorioso triunfo, hizo arder en una llama y fundir en un solo molde, los restos del paganismo y las hordas bárbaras del Norte, para sacar de esas partes heterogeneas, el todo perfecto de la civilizacion del mundo.

El año de 1864 se erigieron en México algunos nuevos obispados, siendo uno de ellos el de Zacatecas, al cual tocó la buena suerte, que se le designara como fundador de su silla episcopal, al apostólico varon D. Ignacio Mateo Guerra, cuya memoria vivirá siempre en el agradecido corazón de las ovejas de su rebaño. Este celoso príncipe de la Iglesia, procuró atender como á una de las principales necesidades, á la formacion del clero de una manera conveniente á su sagrada institucion: provisionalmente confió esta mision al presbítero D. Francisco Sotomayor, sacerdote ilustrado, de grandes y elevadas virtudes, que correspondiendo al encargo de su Prelado, trabajó con empeño en la formacion y desarrollo del seminario provisional; pero queriendo el Sr. Guerra, que su clero estuviera á la altura de su elevada mision sobre la tierra, y que correspondiera exactamente á las necesidades que debian remediarse en la sociedad, trabajó cuanto pudo porque viniera á encargarse de la direccion del seminario el docto y virtuoso sacerdote D. A-

gustín Torres, que á no dudarlo, tiene un encargo providencial en la formación del clero mexicano. El Sr. Torres accedió á ser el auxiliar del Illmo. Prelado que lo llamaba, en la grandiosa obra que le encomendó. Todo faltaba entonces en una Iglesia naciente, que se establecía sobre los escombros de la reforma, que acababa de consumir el impío despojo de las iglesias y de sembrar en todos los corazones la venenosa semilla de la impiedad; pero el Sr. Torres convirtiendo en una verdad práctica la expresion valiente de San Pablo, de que la caridad todo lo puede con la gracia de aquel que la conforta, en muy breve tiempo llevó á cabo con su apostólico celo, una gran reforma en las costumbres, construyó un bello edificio para establecer el Seminario, lo hizo adelantar notablemente en su parte moral, dejando ya perfeccionados á varios sacerdotes en el espíritu apostólico; y á la vez abrió una senda, que pudiera recorrerse por todos sus compañeros en el sagrado ministerio, con grande provecho espiritual de la sociedad. ¡La rápida carrera del Sr. Torres por esta Iglesia, fué el paso de un luminoso meteoro, el esplendor de un astro! Su caridad fué tan grande, su celo tan ardiente, que todos sus pasos fueron ajustados á las huellas del Divino Maestro; y como no solo eran objeto de su ternura y de su cuidado las almas que pudieran estar mas cerca de él, sino que su caridad, como toda caridad verdadera se extendia al bien de todas las almas, cualquiera que fuera su condicion y su morada, su mayor empeño era la formación de aquellos vasos de eleccion, que llevaran los perfumes de la santidad por todas partes, por todos los pueblos y para todas las gentes: muy bien sabia que la gangrena de la sociedad no se cura ni con el dinero de los ricos, ni con el efímero resplendor de la mentida sabiduría humana, ni con el influjo de los poderosos del mundo, ni con el hierro de los

soldados audaces, ni con todo el materialismo que el siglo actual respira por todos sus poros: todo esto sirve para oprimir á la sociedad, pero nunca para aliviarla; sirve para corromper la sociedad, pero jamás para curar una sola de sus miserias; el único bálsamo, el único remedio, el único consuelo, está en la eficacia de la doctrina de Jesucristo; y los únicos dispensadores de esta eficaz medicina, son los miembros del sacerdocio católico, que apartados del bullicio del mundo y de las vanidades del siglo, predicán con su palabra, y mas que con su palabra, con su ejemplo, que la única sabiduría verdadera es la que tiene por objeto á Jesucristo, y á Jesucristo bebiendo en el cáliz de su pasion y muriendo crucificado por el amor de Dios y la caridad para con la humanidad. Este conocimiento lo hacia trabajar asiduamente en abrir para esta Iglesia una fuente de abundantes bienes, dotándola de un establecimiento donde se formara un sacerdocio, que correspondiera exactamente á las exigencias y necesidades de una sociedad extragada por los furores de la revolucion, porque ahora lo mismo que en todo tiempo, la sociedad necesita todavia más que de hombres ilustrados, de operarios del Evangelio santos y perfectos, que trabajen con apostólico celo en la viña del Señor. ¡Ojalá y algun dia pueda ese apostólico varon tener el consuelo de ver que no queda infecunda la semilla que depositó en este suelo y que no es estéril la tierra que él abonó con sus fatigas y sus sudores!

El autor de esta obra fué deudor al Sr. Presbítero D. Agustín Torres y al Illmo. Sr. D. Ignacio Mateo Guerra, de un aprecio especialísimo y de una consideracion tal vez única en su género; y obligado por esa deuda sagrada, consigna en esta página el testimonio mas solemne de su gratitud para esos dos varones ilustres, lo mismo que pa-

ra los Doctores D. José María Laorenzana y D. Rafael Aguila, hombres tan admirables por su saber como respetables por su virtud, de quienes recibió en su juventud los mas señalados favores para la formacion de su carrera literaria, en el Seminario de Durango.

Cerraré este capítulo, con la corona fúnebre, que fué la flor que mi agradecida mano puso sobre la tumba del primer Pastor de este rebaño.

*CORONA fúnebre, que la redaccion de «El Católico» dedica como último homenaje á las eminentes virtudes del Ilustre y Dignísimo Prelado Dr. y Lic. D. Ignacio Mateo Guerra, Primer Obispo de Zacatecas.*

No es nuestro ánimo cantar las glorias de un héroe del mundo, á quien el clarín de la fama hubiera hecho célebre por su poder, su prosperidad, la grandeza de sus honores, el valor de sus riquezas, el falso brillo de su mundana gloria, ó por otras de estas cualidades que no pasan de ser términos vagos, para alimentar la vanidad y fascinar los sentidos, sin que su poderío pueda extenderse un momento mas allá del sepulcro: todo esto es verdad que proporciona goces, pero goces para los sentidos, mezquinos como el corazon que los busca, efímeros como el siglo que los produce, y que como todo lo que procede de la materia, bien presto acaba devorado por el tiempo. No me voy á ocupar de tejer una corona cívica, con esas flores que una sociedad pervertida contraponé á los laureles de la fé: ni será mi objeto considerar á un hombre fascinado con las aéreas y fantásticas figuras del mundo que pasa, ó aherreojado con la aurea cadena de la materia que perece; no hablaré de esa gloria que tan sólida nos parece en esta vida, pero que se evapora en la tumba al primer contacto del frío glacial de aquella estrecha pri-

sion donde se encierran todas las grandezas terrenas, hacinadas en un puñado de podredumbre, pasto de viles gusanos. Lejos de ser objeto de este trabajo un hombre distinguido con la boga del pueblo y el respeto del mundo llevado solo por falsos honores, será su fin principal, hacer comprender que el noble, el excelso y verdadero fin del hombre está mas allá, de lo que se mide por el tiempo y se consume por la implacable guadaña. Al recorrer en una rápida ojeada la vida del Ilustre Prelado Zacatecano, dejaremos consignadas las sublimes virtudes que constituyen su imperecedera gloria: consignaremos la diferencia que existe entre los timbres de gloria nacidos de la moral y la religion, y los que da el mundo extrañado en su delirio; y probaremos una vez mas, que esos fulgores de la vanidad que brillan como los fuegos fatuos del cielo, nada valen ante los esplendorosos destellos de una abnegacion profunda, de una fé humilde, de una sufrida esperanza, de una caridad ardiente y de todas las virtudes que solo se pueden aprender en esa sabiduría, que en vano busca el mundo fuera de las escuelas católicas.

El Sr. D. Ignacio Mateo Guerra nació en la jurisdiccion del curato de la Villa de la Encarnacion, el año de 1804, habiendo sido regenerado de la culpa con que nace todo el linage de Adan, en las aguas bautismales que brotaba la fuente de la misma Parroquia de la Encarnacion. Desde entónces pertenecié por la fé á la Santa Iglesia Católica, de la cual despues habia de ser un digno ministro, hasta venir á terminar su gloriosa carrera cifiendo sus encanecidas sienes con la primera Mitra en el Obispado de Zacatecas. Hijo de la Iglesia por la gracia, mecido en su cuna con los gérmenes fecundos de la religion y encargada su infancia á padres católicos poseedores de las virtudes cristianas, apenas empezaba á

balbutir las primeras palabras, cuando se fué grabando en su tierno y delicado corazon el temor de Dios, que segun está escrito por La Verdad por Esencia en uno de los sagrados libros, es el fundamento y el principio de la verdadera sabiduría. ¡Feliz principio de una vida que habia de ser coronada por una guirnalda inmarcesible!

La religion católica, poseedora de la verdad en su plenitud como la recibió de su Divino Fundador, y con la garantía de una profunda conviccion en mas de diez y ocho siglos de triunfos, siempre busca los honores y la verdadera nobleza solo en la práctica de la virtud; y por eso desde los primeros albores de la vida, cuida de fortalecer esa misma virtud para que mas tarde salga victoriosa en los terribles combates, cuando las avenidas de las pasiones invadan el corazon con el ímpetu de un torrente. Instruido el jóven Guerra, en la práctica de estas verdades, desde la mañana de sus dias sorprendió en su tierno corazon al vicio antes de sentir sus funestos estragos y por medio del cultivo de la virtud, avasalló los instintos de su naturaleza para dejar libre la accion de los generosos esfuerzos de la gracia: encadenó su carne bajo el yugo de una virtud sublime, para tener expedito el espíritu y pronto á los impulsos de la razon ilustrada por la fé; y cuidando con esmero la exquisita planta de la humildad, echaba con ella los cimientos sólidos de la futura grandeza, que fuera la colosal columna que nos indicara su tumba, teniendo por base la modestia cristiana y por cúspide el brillo de una feliz eternidad.

Uno de los legados que La Infinita Víctima del Gólgota dejó á su Inmaculada Esposa la Iglesia Católica, fué el de sufrir una persecucion constante mientras estuviera atravesando el curso de los siglos, y por eso vemos, que la religion es arrastrada todos los dias al tribunal inícuo de la injusticia y la maledicencia; y aunque sale

triumfante de sus perversos enemigos, no ha dejado ni dejará de ser acusada de querer mantener al espíritu humano en las tinieblas de la ignorancia; pero es lo cierto, que el mundo no se redimió de la barbarie antigua, sino al influjo civilizador de esa religion, fuente inagotable de luz; ni se han librado las sociedades modernas de los bárbaros sistemas del racionalismo, sino á merced de los sacrificios que para ilustrar á los pueblos hace diariamente esa misma religion, tan injustamente combatida como heroicamente triunfante. Tomémonos por un momento el trabajo de sacudir el polvo de los siglos pasados y registremos las páginas que en la historia ha hecho escribir el tribunal irrecusable de todas las generaciones, y veremos: que cumpliendo siempre la Iglesia con el precepto de enseñar á todas las naciones, ha proporcionado en todo tiempo planteles donde la juventud se ilustre para poder recibir luego el depósito, que se va transmitiendo de una en otra generacion, de dirigir los destinos públicos al fin que les está encomendado en los secretos arcanos del Supremo Arbitro de las sociedades. Y aquí en México, desde que despuntó la aurora del dia feliz de su ingreso á la gran familia católica, lo mismo que en todas partes, la Iglesia como una madre solícita del porvenir de sus hijos, abrió las fuentes de la ciencia para fecundar las inteligencias de la juventud mexicana: uno de estos establecimientos, el seminario de Guadalajara, fué el que proporcionó á nuestro ilustre personaje los esplendores de la luz que habia de hacer brillar su vida literaria, social y religiosa; y á los trece años de su edad, lo vemos cursando las cátedras de aquel colegio, produciendo la emulacion de sus compañeros y el aplauso en sus maestros.

El año de 19 pasó á la Capital del entónces virreinato de la Nueva España, para cursar otras facultades en el colegio bastante acreditado de San Ildefonso; y despues de